

Los pánicos morales y el otro transgresor

Moral panics and the transgressive other

Jock Young

City University of New York

RESUMEN

El concepto de pánico moral surgió de una coyuntura particular de circunstancias políticas, sociales y teóricas; específicamente los acontecimientos de 1968, las transformaciones sociales de finales de los años sesenta y la síntesis y dinamización de la Nueva Desviación y la teoría subcultural en la criminología británica, centrándose en la NDC (Conferencia Nacional de Desviación) y el CCCS (Centro de Estudios Culturales Contemporáneos). Este trabajo evocó la *Sociological Imagination* de Mills: la colocación de los problemas individuales como temas públicos, la relación del individuo con su tiempo y estructura social particular, y el efecto de las dinámicas sociales sobre la psicología y la psicodinámica sobre lo social. La imaginación sociológica no es una constante, sino que se enriquece mucho en los momentos de cambio: es esta imaginación la que engendra la política transformadora. Un análisis de este tipo exige claramente colocar tanto a los actores humanos como a los reactivos, en este caso, a los “desviados” y a los pánicos morales, en la estructura y en el tiempo histórico, y examinar las raíces inmediatas y profundas de su comportamiento. Hay una tendencia en estos tiempos neoliberales a ver los pánicos morales como simples errores de racionalidad generados quizás por los medios de comunicación o los rumores. En este proceso se pierde cualquier vínculo entre el individuo y la estructura social, entre el período histórico y el conflicto social. En particular, la peculiar “irracionalidad racional” de los pánicos morales se ofusca, el vínculo entre la estructura social y las creencias individuales disminuye, y los intentos de utilizar los pánicos morales para bloquear el cambio social y la política transformadora se oscurecen.

PALABRAS CLAVES

Drogas—indignación moral—pánico moral

ABSTRACT

The concept of moral panic arose out of a particular conjuncture of political, social and theoretical circumstances; specifically the events of 1968, the social transformations of the late 1960s and the synthesis and energizing of New Deviancy and subcultural theory in British criminology centering on the NDC (National Deviancy Conference) and the CCCS (Centre for Contemporary Cultural Studies). This work evoked Mills's *Sociological Imagination*: the placing of individual problems as public issues, the relation of the individual to his or her particular time and social structure, and the effect of social dynamics on the psychological and psychodynamics on the social. The sociological imagination is not a constant but is greatly enhanced at times of change: it is this imagination which engenders transformative politics. Such an analysis clearly demands placing both human actors and reactors, in this instance, “deviants” and moral panickers, in structure and historical time and to examine both the immediate and deep roots of their behaviour. There is a tendency in these neo-liberal times to view moral panics as simple mistakes in rationality generated perhaps by the mass media or rumour. In this process any link between the individual and the social structure, between historical period and social conflict, is lost. In particular the peculiar “rational irrationality” of moral panics is obfuscated, the link between social structure and individual belief diminished, and attempts to utilize moral panics to stymie social change and transformative politics obscured.

KEYWORDS:

Drugs—moral indignation—moral panic

Publicado originalmente en: *Crime Media Culture* 7 (3), 2011, 245-258. Traducción Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP), revisado por Esteban Rodríguez Alzueta (LESyC, UNQ).

Introducción

“Hay algo dentro de mí que sólo quiere excitar esa cosa en otras personas porque sé que está ahí en todos. Hay un demonio en mí y hay un demonio en todos los demás. Recibo una respuesta única y ridícula—los cráneos fluyen por el camión, enviados por los que desean lo mejor. A la gente le encanta esa imagen. Me imaginaron, me hicieron, la gente de ahí fuera creó este héroe popular. Que Dios los bendiga. Y haré lo mejor que pueda para satisfacer sus necesidades. Quieren que haga cosas que ellos no pueden hacer. Tienen este trabajo, tienen esta vida, son vendedores de seguros (...) pero al mismo tiempo, dentro de ellos hay un furioso Keith Richards. Cuando hablas de un héroe popular, te han escrito el guión y es mejor que lo cumplas. Hice lo mejor que pude. No es exagerado que básicamente vivía como un delincuente. ¡Yo me metí en esto! Sabía que estaba en la lista de todos. Todo lo que tenía que hacer era retractarme. Pero eso era algo que no podía hacer” (Keith Richards: *Life*, 2010: 365).

Era 1967, yo vivía en el enclave bohemio de Notting Hill en el oeste de Londres, mis compañeros de piso, traficantes de drogas, drogadictos y un ladrón a la fuga, el metro y el inframundo firmemente entrelazados, buscando un tema de doctorado que, por supuesto, lo tenía frente a mi cara. El mundo estaba en tumulto, 1968 estaba a la vuelta de la esquina, *ellos*, nuestros padres, políticos, periodistas, líderes de opinión, magistrados, todo el mundo heterosexual se había equivocado sobre Vietnam, se había equivocado sobre el sexo, se había equivocado sobre el trabajo y la autodisciplina y ahora, palpablemente, se había equivocado sobre las drogas. Me fascinaba la naciente cultura hippie, la interfaz de la vida bohemia, las Indias Occidentales y el *ne'er-do-well* [bueno para nada], la extraña pantomima de la policía y los consumidores de drogas, el extraordinario veneno, la repulsión y la atracción que evocaba una droga tan inocua como el cannabis y una subcultura tan inactiva. Así

que me embarqué en los próximos dos años en un estudio etnográfico de la zona, sin la ayuda de los Comités de Ética o de las Juntas de Revisión Institucional que aún no se habían inventado.

En febrero de ese año, Redlands, la casa de Keith Richards en Sussex, fue atacada por 20 agentes de policía, después de una campaña concertada contra los Rolling Stones por el periódico sensacionalista *News of the World*, desencadenando un frenesí de noticias de decadencia, incluyendo el uso de drogas, la desnudez, la sospecha de que Mick Jagger y uno de los invitados utilizaban pintalabios y una extraordinaria narración sobre Marianne Faithful, que era en realidad una fantasía total, aunque totalmente salaz. El juicio de Mick Jagger y Keith Richards fue en junio y ambos fueron condenados a prisión, en espera de apelación, por el cargo de posesión de cuatro tabletas de anfetamina en el caso de Jagger y, en el de Richards, por permitir que se fumara cannabis en su propiedad. En el departamento de Londres, Brian Jones fue arrestado un poco más tarde ese mismo día, minutos *antes* de la redada una gran cantidad de periodistas y fotógrafos aparecieron para presenciar el incidente y en un momento de magnífica desorganización bloquearon temporalmente la capacidad de la policía para entrar en el departamento. El conflicto entre el establishment y la nueva cultura juvenil parecía ir cobrando fuerza, las reacciones eran desproporcionadas ante los delitos y el número de policías y de columnas de periódicos que mostraban algo de pánico sobre la moralidad de la “juventud de hoy”. Sorprendentemente, el editor conservador de *The Times*, William Rees-Mogg, advirtió en un famoso editorial titulado “¿Quién rompe una mariposa en una rueda?”: “(...) si vamos a plantear algún caso de conflicto entre los sólidos valores tradicionales de Gran Bretaña y el nuevo hedonismo... debemos asegurarnos de que los sólidos valores tradicionales incluyan los de la tolerancia y la equidad. Debería ser la cualidad particular de la justicia británica asegurar que el Sr. Jagger sea tratado exactamente igual que todos los demás, ni mejor ni peor. En este caso, debe seguir existiendo la sospecha de que el Sr. Jagger fue condenado a una pena

más severa de lo que se creería apropiado para cualquier joven puramente anónimo" (*The Times*, 1 de junio de 1968).

Tales casos de alto perfil, como Lynn Chancer (2005) ha demostrado tan convincentemente, tienen una naturaleza simbólica, reflejando problemas particulares de raza, clase y género (y a esto podemos añadir, como en este caso, la juventud), y permitiendo debates sobre temas no resueltos. Para mí, la saga del juicio y la experiencia cotidiana del prejuicio engendrado por el pelo largo y las ropas exóticas, por la paranoia de la inminente redada y el conocimiento de la plantación de drogas por parte de la policía, la fabricación de pruebas y otras malas prácticas desencadenaron un tren de pensamiento que dio vitalidad a la idea del pánico moral como conflicto moral entre la autoridad y la subcultura, que era de naturaleza cultural y que no podía reducirse a intervenciones humanitarias para la protección de los débiles y los vulnerables, ni a simples medidas punitivas para disuadir a los malvados. Y todo esto ocurrió, por supuesto, en un momento de intensa politización. La Escuela de Economía de Londres, donde yo estudiaba, era un foco de protesta e inquietud: las ideas anarquistas, marxistas y situacionistas estaban ganando terreno rápidamente. Los estudiantes estaban sintiendo el impacto del policiamiento tanto de su estilo de vida como de las manifestaciones políticas (véase, Lilly *et al.*, 2011); fue una época en la que, como dijo Bill Chambliss, los estudiantes de criminología empezaron a buscar dentro de los patrulleros policiales en lugar de mirar fuera de ellos, los "problemas" tradicionalmente localizados por el sociólogo como la base del orden social se reubicaron entre aquellos con autoridad, ya sean periodistas o policías, magistrados o administradores de universidades, y de ahí en adelante, para una minoría sustancial, se elevó la estructura de clase hasta los capitanes de la industria y el propio sistema.

El contexto académico

Fue en este contexto que se formó la National Deviancy Conference en 1968, una colección de criminólogos y sociólogos británicos de la desviación desencantados por el positivismo ortodoxo, radicales en su política e inspirados por la American New Deviancy Theory, tanto en el etiquetamiento como en sus ramas subculturales. Las dos líneas de la teoría daban sentido a la desviación, en contraste con el positivismo que le quitaba sentido. Vieron la reacción contra el delito y la desviación como un producto cultural, no simplemente como un problema técnico de control social, ya que los desviados actúan como un producto cultural, un intento por parte de grupos de actores de resolver los problemas sociales a los que se enfrentaban. Las dos innovaciones claves de la teoría estadounidense de la desviación fueron la insistencia en que el delito o la desviación era una *díada*—para entender un acto desviado había que entender por qué alguien cometió un acto y por qué alguien lo definió como desviación; y en segundo lugar, que la interacción entre los actores y los reactivos creaba desviaciones: el control social generaba desviaciones en lugar de lo contrario y, además, que a menudo esto se cumplía por sí mismo. La teoría británica, en la travesía del Atlántico, transpuso tal teorización. Reunió la teoría del etiquetamiento y la teoría subcultural; después de todo, ambas teorías, a pesar de estar algo enfrentadas, encajaban como piezas de un rompecabezas, una explicando la reacción social y la otra la acción social, las dos partes de la *díada*. Insistieron en la simetría de la explicación, tanto los actores como los reactivos, desviados y controladores, deben ser explicados de la misma manera en que los productores culturales intentan resolver los problemas a los que se enfrentan y habitan en el mismo universo ontológico y epistemológico. Por último, los teóricos británicos situaron el análisis en un contexto más macro y, a veces, abiertamente y a menudo sin querer, politizaron el producto final. En el período extraordinariamente innovador de la teoría estadounidense entre 1960

y 1970, las obras de Becker (1963, 1964, 1967), Lemert (1967), Goffman (1968), Scheff (1968) y Kitsuse (1962) se limitaron al nivel micro y fueron en gran medida apolíticas. En efecto, Albert Cohen, una década más tarde (1978), lamentaría el hecho de que la criminología estadounidense estuviera tan “subdesarrollada” en su nivel de análisis. Hubo notables y brillantes excepciones, por ejemplo, el trabajo pionero de *Critique of the Legal Order* (1974) de Richard Quinney y *Towards a Political Economy of Crime* (1975) de Bill Chambliss, así como la notable investigación de la Berkeley School of Criminology. Pero la teoría radical y la práctica radical tenían muchas más probabilidades de ser derribadas (a veces literalmente) en Estados Unidos, dado su pasado macartista, su presente pragmático y la experiencia continua de la vigilancia del FBI (véase Keen, 2004; Young, 2011). Tampoco las administraciones universitarias ni, en este caso, las oportunidades de empleo o las posibilidades de permanencia en el empleo favorecen a los puestos de izquierdas. Basta decir que mientras que la criminología crítica se desarrolló posteriormente para ubicarse en la corriente principal en Gran Bretaña, en los Estados Unidos siguió siendo mucho más marginal y se convirtió en un gueto (Mooney, 2011).

El contraste entre las versiones estadounidenses y británicas de la nueva teoría de la desviación es esclarecedora, aunque hubo sociólogos estadounidenses como Albert Cohen que forjaron significativamente el puente que conducía de una hacia la otra (véase particularmente Cohen, 1955, 1965). Mientras que el enfoque estadounidense se centraba en el delincuente y el control social por separado, el británico se centraba en una explicación simétrica de ambos; mientras que el delincuente era considerado antisocial, el equivalente británico cometió actos de resistencia, a veces temerarios, a veces pírricos, pero a veces ejemplares; y mientras que uno era mecanicista y algo apático, el otro era creativo y mucho más enérgico. En Gran Bretaña, los desviados se deslizaron fácilmente en el elenco de la política transformadora, de modo que, al igual que se veía que

su agencia subcultural implicaba resistencia al statu quo, las reacciones sociales contra los desviados, ya sea en forma de encuentros interminables o de pánicos morales episódicos, se veían como actos de resistencia en nombre de la clase dirigente, intentos de apuntalar una hegemonía que estaba amenazada.

Los medios de comunicación, el pánico moral y la pobreza segregada del conocimiento social

Un día me atropelló la verdad.
Desde el accidente que he caminado por aquí
Así que pon mis piernas en yeso
Cuéntame mentiras sobre Vietnam...

Pones tus bombarderos dentro; sacas tu conciencia,
Agarras al ser humano, y lo tergiversas todo
Así que frota mi piel con mujeres
Encadena mi lengua con whisky

Rellena mi nariz con ajo
Cúbreme los ojos con mantequilla
Llena mis oídos de plata
Pon mis piernas en yeso
Cuéntame mentiras sobre Vietnam¹

La guerra que continúa en Vietnam, la transición a lo que más tarde denominaríamos modernidad tardía, donde los valores más antiguos de la disciplina y la gratificación diferida dieron paso a los de la expresividad y el individualismo, la colisión entre las generaciones en la universidad y en la calle, dieron paso a un profundo escepticismo acerca de los medios de comunicación de masas. El mundo no era como se presentaba; el mundo de las apariencias parecía una farsa. ¿Y dónde podría ser esto más evidente que en criminología? Porque la delincuencia y las desviaciones son un foco importante de atención de los medios de comunicación, pero una y otra vez los periodistas persisten en un malentendido. Las representaciones de los asesinos

¹ Extracto del poema "Tell Me Lies about Vietnam" de Adrian Mitchell, publicado por Bloodaxe Books. Posteriormente, a lo largo de los años, cambió el nombre del lugar a Irak y luego a Afganistán.

en serie no son como realmente son los asesinos en serie, los asesinatos por televisión no son como los asesinatos reales, el trabajo detectivesco no es como el que se representa, la mayoría de los delincuentes no son atrapados, para medir los riesgos de un crimen de un drama televisivo sería como adivinar el futuro desde la columna del horóscopo.

Se consideró que los medios de comunicación de masas desempeñaban un papel clave en los pánicos morales, en primer lugar, en la rápida propagación de imágenes estereotipadas de la desviación; en segundo lugar, en la creación de espirales de alarma; en tercer lugar, al impulsar el proceso de amplificación de la desviación, mediante el cual la desviación del grupo o individuo se elevaba constantemente, dando lugar, en algunos casos, a una profecía autocumplida. Habiendo conjurado demonios, resultó algo parecido a demonios populares. La capacidad de centrarse rápidamente en un área "problemática" para atraer masivamente la atención del público hacia un fenómeno social fue influenciada por el énfasis de Marshall McLuhan en la naturaleza implosiva de los medios modernos en su enormemente influyente *Understanding Media*, que fue publicado en 1967 durante el tiempo de mi investigación. Presenta la ciudad como en expansión, con sus sistemas de transporte que crean distancia social y segregación, con la consiguiente disminución del conocimiento directo de una comunidad a otra. Sin embargo, este crecimiento explosivo de los barrios pobres y de los suburbios distantes y aislados entre sí es seguido por una implosión de los medios de comunicación. Ya no podemos huir del gueto y del delincuente, del asesino y del matón; están en nuestros hogares en las noticias de las 6 de la tarde; se exhiben en las últimas series de la ley y el orden. Pero este aumento de la información sobre la delincuencia va acompañado de un marcado descenso de su veracidad. El problema no es el exceso de información, sino el exceso de información severamente distorsionada en una situación de

conocimiento directo muy pobre: es el material del pánico—la violación de la razón.

Mi intento de formular este proceso involucró tres etapas típicas muy ideales. En un entorno rural o de pueblo pequeño existe una alta proporción de contacto cara a cara, de conocimiento tridimensional, del individuo colocado en un entorno de parientes, empleo, intereses de ocio y carácter individual. Conocemos al chico que robó las golosinas del almacén del vecindario, lo conocemos en el barrio y conocemos su situación social. Las condiciones para *verstehen*² y una conjetura exitosa de la causalidad son considerables. La gran expansión en el siglo XIX de ciudades como Manchester o Chicago genera una situación de segregación extrema de clases, conocimiento restringido y fuentes limitadas de medios de comunicación: Booth, Mayhew y Dickens se veían a sí mismos como exploradores que atravesaban el “continente desconocido” de la ciudad proletaria. El auge de los medios de comunicación transforma esto: tenemos una plétora de conocimiento en las noticias, pero simplemente de un individuo atomizado, seleccionado en términos de un rasgo en particular, atrapado en un momento dado—petrificado en *el delincuente* o *el ofensor* o retratado en el drama televisivo como un desviado esencial atrapado en medio de un contexto improbable determinado por las exigencias del espectáculo y los estereotipos del escritor. De cualquier manera, tenemos poco conocimiento. Los pánicos morales se producen en este contexto, los medios de comunicación llevan consigo una gran cantidad de conocimientos distorsionados—jóvenes salvajes, madres drogadictas, bebedores compulsivos, guerras entre pandillas; el conocimiento directo inevitablemente les quitaría el ímpetu. Son implosivos y repentinos. Es como un rayo de luz que se centra en la búsqueda de los desviados y oscurece todo lo demás, pero con esto tiene la extraña capacidad de recoger las instancias de la desviación asignada donde quiera que ocurra dentro de un país—y a

² NdT.: En alemán “comprensión”. en el sentido específico de una sociología interpretativa, un análisis “interpretativo o participativo” de los fenómenos sociales. Su uso fue divulgado por Max Weber. También se denomina *comprendivismo*, y se trata de una rama de la filosofía de la ciencia.

veces globalmente—y subsumirlas en su destello. Es más veloz que los rumores y mucho más pernicioso.

En retrospectiva, soy consciente de que fui demasiado romántico con la comunidad rural y demasiado inespecífico con la distribución del conocimiento social. Ciertamente, hay desiertos rurales en los que nadie sabe mucho de nadie y todo el mundo se ocupa de sus propios asuntos, y si hablamos específicamente de delincuencia, hay zonas urbanas en las que existe un conocimiento rico, aunque devastador, de la pobreza, la delincuencia, las drogas, el comportamiento de la policía y lo que es estar en una prisión. Trate de dar clases de criminología a los estudiantes que se han formado en los proyectos. En contraste, las clases medias altas tienen comparativamente muy poco contacto sustantivo con el sistema de justicia penal o con los pobres. Rara vez se les detiene en la calle, rara vez se los pone manos contra la pared y se les registra, se sorprenderían mucho al encontrar sustancias extrañas en sus bolsillos o al manipular las pruebas. Fuera de los que trabajan en trabajo social o en prácticas de derecho penal, el contacto es casi nulo; es posible que te encuentres con un juez en una cena; es posible que tengas a un policía ambicioso sentado en tu clase. Por eso, como ya he comentado, se produjo tal conmoción y revelación cuando los jóvenes de clase media de la generación contracultural se encontraron con la policía, como ocurrió con la primera oleada de sufragistas que les precedió. Los pobres, por otro lado, están contenidos en la frase “propiedad policial” de John Lee (1981); ellos, por así decirlo, pertenecen a la policía. Y en cuanto a la interacción de la clase media con los pobres, el contacto sustantivo con la estructura de clases sufre de invisibilidad y distorsión. Los pobres han sido reconstruidos en una clase de servicio, se lavan en los sótanos de los restaurantes, hacen todos los trabajos serviles en hospitales y tiendas, actúan como niñeras, chóferes, limpiadores, ayudan a los padres ancianos—ellos apoyan y subsidian a la familia de clase media que tiene una doble carrera. Sin embargo, de alguna manera son invisibles. Barbara Ehrenreich habla de “la solipsis de la

clase media” (2002: 103): un sentimiento de desapego, de ensimismamiento y de existir separada e independientemente del resto de la sociedad. Irónicamente, en virtud de esta actitud de separarse del resto de la sociedad, por este mito de la falta de clase, se divorcian de las relaciones de clase y relegan a los pobres a una clase sin trabajo más allá de los límites de la sociedad regular. Sin embargo, si los pobres son invisibles en el trabajo, son demasiado visibles en la pantalla. En cambio, son vistos como una subclase vana, separados de la estructura de clases, vistos sólo como una fuente de crimen y descontento.

A esta solipsis de clase media, una relativa falta de conocimiento social sobre los pobres y los “desposeídos” debe añadirse una particular susceptibilidad a la indignación moral (Ranulf, 1938; Young, 2007a). La disciplina necesaria para mantener su posición de clase conlleva el consiguiente temor a la caída. La presencia de lo indisciplinado y lo hedonista aviva los fuegos de la justa indignación. En la memorable frase de Al Cohen: “¿Qué efecto tiene la propinencia de los malvados en la paz mental de los virtuosos?” (1965: 7). En conjunto, estas características gemelas constituyen un lugar privilegiado para el pánico moral.

La intimidad de uno mismo y de los demás

Es útil ver el pánico moral como una forma dramática de alteridad, una manifestación aguda de la indignación moral que es crónica en nuestra sociedad. Pero la indignación moral, como señaló Merton en *Social Theory and Social Structure* (1957), puede ser unas uvas amargas y un frente para deseos secretos. Puede ser, como proclama la postal del diseñador Sean Tejaratchi en mi escritorio, “celos con aureola”. Sin embargo, a menudo se considera que el pánico moral está muy alejado de lo que ocurre sobre el terreno. Por el contrario, quiero argumentar que en tres aspectos cruciales existe una relación íntima entre el Otro y la Otredad. Esto toma la forma de tres “intimidades”: la de la Reproducción, la de la Resistencia y la de la Represión. En

cada caso empezaré con una concepción común de un pánico moral y trataré de demostrar cómo un atributo así supone un hiato demasiado grande entre el estereotipo y la realidad.

La intimidad de la reproducción: la verdadera fantasía y el problema de la desproporción

Una de las cuestiones clave que abordamos para determinar si se trata o no de un pánico moral es si la reacción social al problema es desproporcionada.

Tenía que dar una charla en una conferencia sobre el consumo de drogas en la Universidad de Queen, Belfast, en 1992, y estaba sentado escuchando al orador que estaba antes que yo. Era un oficial de policía de la brigada de drogas, bien armado con PowerPoint y una foto de miedo. Mostró una diapositiva de una mujer insoportablemente desfigurada, una mula de droga asesinada por un condón de cocaína que se había roto dentro de ella. "Esto", nos informó, "es a lo que nos enfrentamos, este es el tipo de tragedia que las drogas crean y que la policía trabaja para prevenir". Cuando llegó mi turno tuve que señalar la ironía de la situación. Nadie traga condones de cocaína por diversión; los condones se empleaban debido a la situación de ilegalidad, de hecho el alto precio de la cocaína en el mercado era un resultado directo de la policía. Sería en sociología un caso de desviación secundaria, no de desviación primaria: el problema se construyó socialmente creando un daño secundario mucho mayor que el daño primario de la droga misma. Fue el pánico moral el que creó algo por lo cual se debía tener pánico, no la cuestión misma.

Del mismo modo, no es una fantasía que haya cárteles al otro lado de la frontera en México que sean violentos y depredadores, y que estos sean alimentados por el tráfico de drogas ilegales y que tal mercado haya generado una inmensa corrupción tanto en el gobierno como en la sociedad civil. Pero las fantásticas creencias sobre las

drogas, la violencia, los peligros, las muertes y la corrupción son en realidad, en gran medida, autocomplacientes. La amarga ironía, por supuesto, es que tanto el pánico moral sobre las drogas como el deseo de consumirlas—las causas profundas del problema—se encuentran al otro lado de la frontera, en los Estados Unidos, un país que es tolerante con las armas y duro con las drogas. Y es allí, desde San Diego hasta Seattle, donde hay una demanda de drogas que crea el mercado ilegal que tanto domina la policía y la política de México, y es desde su poco control del mercado de armas que llegan las armas de fuego, que matan a los corruptos e inocentes de este vecino del sur de manera tan arbitraria. Es como si todos los problemas asociados con el uso de drogas ilegales se hubieran subcontratado a través de la frontera, como alguna extraña derivación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, para permitir a los estadounidenses con su tasa de criminalidad decreciente exportar el crimen a través de la frontera y luego mirar horrorizados a su violento vecino, proyectar toda su angustia en esta tierra de inmigrantes ilegales y drogas, y discutir en un blog y en una revista de viajes si es seguro ir de vacaciones allí.

Así, una vez que un grupo es considerado un otro peligroso, a menudo se convierte, debido a la intervención social, en un otro peligroso: las condiciones para un pánico moral son creadas por el pánico moral, la fantasía se traduce en realidad. Así que si una de las cuestiones centrales para determinar si tenemos o no pánico moral es si la reacción social es significativamente desproporcionada al problema, como se presenta en el momento actual, tenemos que tener en cuenta el hecho de que la reacción pasada puede haber contribuido en gran medida a la magnitud y severidad del problema. Así pues, la cuestión de la desproporcionalidad debe formularse siempre de la siguiente manera: ¿es desproporcionada la reacción al problema si no se hubiera producido tal reacción social en primer lugar? Si no lo hacemos, la respuesta siempre será corrompida por la pregunta; el mundo de las apariencias dominará la realidad.

La intimidad de la resistencia: la racionalidad irracional

Un segundo criterio del pánico moral es que la reacción es irracional, dada la amenaza social real del problema en cuestión.

Los mods y rockeros, estudiados por Stan Cohen en su clásico *Folk Devils and Moral Panics* (1972), habían participado en una serie de escaramuzas entre niños en playas de la costa sur de Inglaterra; las imágenes de televisión de la época muestran pocas razones para la intensa presencia policial, el frenesí de la ira en los medios de comunicación, la galvanización de la iglesia, los comentarios de expertos y políticos que exacerbaban la escalada de la preocupación entre la población. Del mismo modo, la reacción contra el cannabis estaba muy alejada de los peligros reales de una droga tan inocua; estaba impulsada por estereotipos e irracionalidades. Así que a primera vista tenemos una simple irracionalidad. Pero examinémoslo un poco más de cerca.

“El mismo día en que nos liberaron, tuvo lugar la más extraña discusión televisiva entre Mick—que llegó en helicóptero a un césped inglés—y los representantes de la clase dirigente. Eran como figuras de *Alicia*, piezas de ajedrez: un obispo, un jesuita, un fiscal general y Rees-Mogg. Habían sido enviados como un grupo de exploradores ondeando una bandera blanca, para descubrir si la nueva cultura juvenil era una amenaza para el orden establecido. Tratando de cerrar la brecha insalvable entre las generaciones. Eran serios y torpes, y era ridículo. Las preguntas eran: ¿qué es lo que quieres? Nos estamos riendo a carcajadas. Trataban de hacer las paces con nosotros, como Chamberlain. Un trocito de papel “paz en nuestro tiempo, paz en nuestro tiempo”. Todo lo que intentan hacer es mantener sus posiciones. Pero qué hermosa seriedad inglesa, esta preocupación. Fue extraordinario. Sin embargo, saben que están soportando mucha carga, que pueden derribar alguna mierda pesada, así que había una

agresividad subyacente bajo el disfraz de toda esta escena divertida y curiosa. En cierto modo, le rogaban a Mick que les diera respuestas” (Keith Richards: *Life*, 2010: 229—véase la entrevista televisiva en YouTube, *The World in Action*, 1967, parte de la cual fue mostrada en *Shine a Light*, dirigida por Martin Scorsese, 2008).

El mismo Jagger está indeciso y divagando en la entrevista y los distinguidos representantes de la Iglesia, el Derecho y la Prensa no hacen algo diferente. Se destaca por su acento, anda a tientas con frases presuntuosas, confuso e incoherente, como si fuera un mal seminarista de pregrado en la LSE. No entiende realmente lo que está sucediendo; la fuerza representacional y liberatoria que tienen su música y sus actitudes. Sin embargo, fue lo que John Birt, ex director de la BBC, describió en la Conferencia McTaggart de 2005 como un “momento icónico de los años sesenta” (*Guardian*, 26 de agosto de 2005).

Hay acontecimientos singulares que generan tal interés público y un clamor mediático que su importancia social es obvia, independientemente de que su representación en los medios de comunicación o en los tribunales tenga o no relación con la realidad. Permítanme decirlo de esta manera: su representación puede tener una mayor aceptación en la realidad social, que una encuesta de 1.000 individuos atomizados cuyas opiniones pueden ser poco entusiastas, sin ninguna emoción o simplemente presentando la sabiduría convencional, la respuesta “correcta” del mes. Y la relevancia de estos acontecimientos singulares e icónicos se derivará tanto del hecho del gran interés que generan como de la manera en que se los tergiversa (véase Young, 2011).

Uno tiene que preguntarse por qué los Rolling Stones, que eran aficionados de la música estadounidense oscura que era virtualmente desconocida en los Estados Unidos blanco y tenía pocos seguidores en la población negra, de repente se volvieron tan extraordinariamente exitosos. ¿Cómo fueron catapultados de la oscuridad en el circuito del blues británico a la fama mundial en un

tan corto tiempo, cómo estuvieron a la vanguardia de la popularización de esta rica herencia americana en Estados Unidos y cómo, de hecho, el blues de Chicago se trasplantó a la tranquilidad suburbana del Valle del Támesis? Lo que es de gran interés fue lo sorprendidos que estaban por su éxito, *así como* por la reacción visceral contra ellos. Creo que tanto su éxito dramático como su demonización dramatizada surgieron de la misma fuente. Han tocado el mismo nervio. Los pánicos morales se consideran a menudo como errores, ya que la irracionalidad pública a menudo se ve estimulada por la desinformación de los medios de comunicación. Porque, ¿qué puede ser más tonto que ponerse nervioso con unos cuantos niños que se pelean en las playas o con una droga inocua como el cannabis? Como he argumentado en otra parte (Young, 2005, 2009), esto ignora las fuentes de energía, los conflictos reales de cultura que se producen y las placas tectónicas de cambio estructural y normativo que las subyacen. El cambio a la modernidad tardía en el período de finales de los años sesenta y principios de los setenta supuso el paso de un sistema de valores que hacía hincapié en la disciplina y la gratificación diferida a otro que, tanto desde el punto de vista normativo como económico, hacía hincapié en la inmediatez, el hedonismo a corto plazo y la gratificación instantánea. Las viejas actitudes de la posguerra estaban a punto de desaparecer. Por lo tanto, si era irracional en la superficie estar tan entusiasmado por la lucha de algunos jóvenes en la playa, era perfectamente racional sentir que la nueva cultura adolescente era un presagio de un mundo en el que la autodisciplina y la gratificación diferida ya no se consideraban económicamente sensatas. Si era irracional ponerse tan nervioso por el hecho de que los jóvenes fumaran un poco de hierba, era muy comprensible que se enfadaran por la gente cuya cultura y estilo de vida se burlaban de la disciplina del trabajo de 9 a 5 de 18 a 65 años, de la monogamia y de los suburbios que formaban su escala de tiempo y su patrón de vida.

A medida que la música se fue generalizando, reflejó el surgimiento de nuevos valores y estilos de vida; como resultado, los grupos de

rock no duraron más de tres años como una moda adolescente: la música seguía a la gente a lo largo de sus vidas, dando como resultado la *Arena rock*³ y precios exorbitantes. La música de los negros desposeídos con una carga de hedonismo y energía se adaptaba a los tiempos cambiantes: los valores de la periferia se habían trasladado al centro. En esta lectura, pues, los objetivos de los pánicos morales no son arbitrarios y las pasiones que despiertan son comprensibles en un contexto más amplio. No habría pánico si no hubiera algo por lo que entrar en pánico.

Curiosamente, algunos en el negocio comenzaron a sentir que el mundo estaba cambiando. Así que fue el manager de los Stones, Andrew Loog Oldham, quien siguió el camino de montar el pánico moral, de usar la energía de la imagen del demonio popular para obtener publicidad, movilizar apoyo y por un momento dividir a las generaciones. Brian Epstein, el manager de los Beatles, unos años antes había tomado el camino habitual, más convencional. En preparación para el mercado de los Estados Unidos, cambió las chaquetas de cuero del grupo de sus días en Hamburgo, cuando tocaban en la Reeperbahn, por trajes y cortes de pelo en composé para reducir al mínimo cualquier perturbación de la sensibilidad estadounidense. Más tarde, la ruta de la rebelión y la disipación se hizo más obvia, como lo demuestra el lanzamiento de los Sex Pistols por parte de Malcolm McClaren, que en realidad intentaba crear un pánico moral en lugar de evitarlo (véase, McRobbie y Thornton, 1995).

³ NdT: *Arena rock*, también llamado *stadium rock* o *pomp rock*, es una denominación creada para englobar artistas de rock que ofrecen conciertos multitudinarios en grandes estadios de fútbol o fútbol americano. El término no hace referencia a un género musical, aunque es mayormente utilizado para referirse a bandas y solistas mainstream de hard rock, rock progresivo o classic rock.

La intimidad de la represión. Los demonios populares como héroes populares: el atractivo de las personas prohibidas y de las sustancias prohibidas

Un tercer criterio del pánico moral es que supuestamente implica un estereotipo negativo del desviado, una reafirmación de la Normalidad y la denigración del Otro transgresor, una persona o un lugar donde definitivamente no se quiere estar.

“Estoy sentado en el cine Pavilion en Park Slope, en el corazón del aburguesado Brooklyn, viendo *Public Enemies* (dir. Michael Mann, 2009), el público es blanco y muy de clase media, y Johnny Depp, amigo íntimo de Keith Richards—que interpreta a Dillinger—es, por supuesto, el héroe de todos. Pero me cautiva el aplauso espontáneo que estalla cada vez que un hombre del FBI es asesinado a tiros. Sólo he visto algo parecido con los vítores que acompañan las hazañas de los bandidos mexicanos de un público que mira un western americano en un cine español”.

En 1961 David Matza y Gresham Sykes publicaron un artículo titulado “Juvenile Delinquency and Subterranean Values”; fue escrito como una corrección a sus mucho más famosas “Techniques of Neutralization” escritas cuatro años antes. La noción de neutralización por sí misma da la impresión de que los actos de violencia, delincuencia o hedonismo son lagunas de un sistema general de valores, casi como excusas o excepciones. Ha permitido que el concepto, para consternación de Matza, haya sido cooptado por teóricos del control como Travis Hirschi (Brotherton y Young, 2010). El artículo de 1961 intenta responder a la pregunta de por qué son tan atractivos estos actos desviados. Presenta un sistema de valores subterráneos paralelo a los valores convencionales de vida respetable. He aquí el reino de la excitación y la espontaneidad, del hedonismo y el abandono a corto plazo, de la masculinidad violenta y la audacia. Es el mundo de las películas de acción, los videojuegos, los thrillers y las novelas policíacas; es difícil imaginar el

entretenimiento sin él. Aquí los demonios populares de una esfera son muy a menudo los héroes de la siguiente. Aquí las técnicas de neutralización son la ruta de un sistema de valores a otro, no simples excusas para explicar o facilitar los errores en el comportamiento “correcto” (véase, Mooney, 2007). Esta noción de valores subterráneos existe, paralelamente al mundo de los valores convencionales; es la base de las ciudades tan apreciadas por Bakhtin, de Certeau y Presdee (2000). Se expresa, sin embargo, débilmente, en el contraste entre trabajo y ocio; es la contradicción entre la esfera de las emociones, lo “racional” y lo planeado (Ferrell *et al.*, 2008). Porque hay un choque entre el mundo corporativo “sensible” del trabajo y el consumo, y el mundo humano de la pasión y la autenticidad. Para sobrevivir en la actualidad se necesita una represión, la construcción de una armadura de carácter que proteja del tedio, de la rutina, del aburrimiento estructurado de la vida cotidiana y bloquee la distracción que engendraría el pleno reconocimiento de la injusticia social.

Las drogas, desde el alcohol, pasando por el Prozac, hasta la panoplia de sustancias ilegales, tienen un papel clave en todo esto, tanto para atenuar estas ansiedades existenciales como, a la inversa, como señaló Aldous Huxley, para proporcionar una puerta a los cambios en la percepción y un medio de facilitar la transición de una esfera a otra (véase, Young, 1971*b*). Richard Blum capturó bien esta relación entre fascinación y repulsión con el uso de drogas cuando escribió: “Los materiales farmacéuticos no se venden por sí solos y las drogas ilícitas rara vez se regalan, y mucho menos se les imponen a las personas. Consecuentemente, la amenaza se encuentra dentro de la persona, ya que no habría amenaza de drogas sin una atracción por las drogas. La cantidad de interés público en las historias sobre las drogas sugiere la misma atracción y repulsión por las drogas en los ciudadanos comunes. “Fascinación” es el mejor término ya que implica brujería y encantamiento. La gente está fascinada por las drogas porque se sienten atraídos por los estados y las condiciones que se dice que las drogas producen. Hay otra cara del miedo a ser

interrumpido; es el deseo de liberación, de escape, de magia y de alegrías extáticas. Esa es la derivación de la amenaza de las drogas— su representación como claves de reinos prohibidos dentro de nosotros mismos. Lo *espantoso* de la droga es lo *espantoso* de nosotros mismos (Blum, 1969: 335).

Así, las fuentes de la represión del consumo de drogas se acercan a esta fascinación y curiosamente una refuerza a la otra. Porque no cabe duda de que su estigmatización eleva la atracción de la risa al borde de la censura sobre el alcohol, a las emociones furtivas del esplendor del cannabis, a la elevación de la heroína a su posición más alta en la pirámide de la decadencia. Erving Goffman en un buen pasaje en *Asylums* apunta a esta sobredeterminación: “Hay actividades ilícitas que se emprenden con una pizca de despecho, malicia, burla y triunfo, aun a costa propia, y que no pueden explicarse por el placer intrínseco de saborear sus resultados” (1968: 274 [2012: 309]).

Así, hay una línea borrosa y transgresora entre los demonios y los héroes populares, entre lo deseado y lo prohibido. Y es por esta razón que la formación de un pánico moral es una cuestión de energía y emoción más que un simple error de racionalidad e información.

Conclusión

El trabajo etnográfico en Notting Hill me presentó la obvia pregunta de investigación de por qué la contundencia de la reacción a una droga inocua y a una subcultura dócil; la historia del caso del juicio de Jagger-Richards apuntaba a un momento icónico de los años sesenta que representó mucho más que un estallido aislado de prejuicios o un error solitario en la actuación policial. Me llevó a la necesidad de situar lo micro dentro de un contexto macro. La repentina preocupación del público me impulsó a una evaluación rudimentaria de la cantidad de cobertura del pánico en los periódicos y de las narrativas de causalidad y némesis que se dan en los medios de comunicación. El trabajo sobre el terreno apuntaba a la posibilidad de profecías autocumplidas y de amplificación de la desviación,

mientras que el trabajo académico que estaba surgiendo entre mis colegas en ese momento subrayaba la necesidad de una explicación diádica de la desviación: tanto de la conducta desviada como de la reacción contra ella. No menos importante fue el trabajo pionero de Stan Cohen que condujo a *Folk Devils and Moral Panics*.

Como fue en 1968, me dirigí a York a la primera Conferencia Nacional de Desviación (*National Deviancy Conference*, NDC) para presentar mi primer trabajo académico escrito en gran parte mientras viaja en el tren: una tarea que me gustaría poder repetir hoy, aunque tenga en cuenta que los trenes eran mucho más lentos en aquellos días. Esto fue publicado en 1971 como “El rol de la policía como amplificadores de la desviación, negociadores de la realidad y traductores de la fantasía”, seguido poco después ese mismo año por *The Drugtakers*. Fue este libro el que prefiguró la agenda teórica de “una teoría completamente social de la desviación” que estaba en el centro de *The New Criminology* (Taylor *et al.*, 1973). El NDC fue una institución fundamental para mí. Fue una época de creatividad excepcional en la sociología británica de la desviación. Aprendimos de los tiempos y aprendimos unos de otros. Las placas tectónicas de la sociedad temblaban una y otra vez, y la imaginación sociológica floreció.

Por lo tanto, para el futuro

Los dos primeros estudios de pánico moral, el de Stan Cohen y el mío propio, fueron escritos en un momento en que las disciplinas de la posguerra de la moderación y la gratificación diferida se estaban derrumbando; eran tiempos de progreso aparente, pero de mayor inestabilidad social: el movimiento hacia la modernidad tardía (véase Young, 1999). Los pánicos morales se unieron en torno a los sentimientos de *ressentiment*⁴ de una generación mayor contra las

⁴ NdT: El *ressentiment*, en filosofía y psicología, es una de las formas de resentimiento u hostilidad. Es la palabra francesa para *resentimiento* (del prefijo de intensidad *re-* y *sentir*: experimentar una impresión, placer o dolor espiritual). El *ressentiment* es un sentimiento de hostilidad dirigido a lo que la persona identifica como la causa de su frustración, es decir, una transferencia de la culpa de su propia

culturas juveniles que traían consigo los presagios del futuro. El actual período de este lado del 11 de septiembre, la recesión y la reestructuración de la economía se acompaña de la desintegración de la comunidad y el surgimiento de una hiperdiversidad sin precedentes de formaciones étnicas y subculturales. Hay trastornos ontológicos y una inseguridad económica generalizada (Young, 2007a). Presenta un escenario mucho más inquietante y que se refiere a cuestiones de clase y diversidad más que a conflictos intergeneracionales. El reflector del pánico y el *ressentiment* recorre la estructura social para casos de falsa injusticia y trampolines de indignación moral. La atención se centra casi inevitablemente en los inmigrantes como proveedores de la diversidad y bienestar de los extranjeros, en los pobres indígenas, generalmente racializados, representados como miembros de una “subclase” que a menudo se presentan como el foco del uso de drogas ilícitas, y de los denominados “desviados sexuales”. Un mundo de diversidad es respondido por el fundamentalismo y el natavismo, una sociedad de movilidad social excepcionalmente baja, una gran desigualdad y la injusticia social se regala con relatos de *Welfare Queens*⁵, drogadictos y “pervertidos”. Un vistazo a la prensa sensacionalista o a los programas de televisión que giran en torno a la ley y el orden lo corrobora. Una clase alta que se enfrenta a una crisis de legitimidad como resultado de su grave mala gestión de la economía y la búsqueda de la cleptocracia corporativa (véase, Galbraith, 2008) se vincula aparentemente con facilidad con una clase media baja que está financieramente afectada, de modo que abundan los pánicos morales, tanto de base populista como de ingeniería de élite (véase, Goode y Ben-Yehuda, 1994).

frustración. El sentimiento de debilidad o inferioridad, y quizás envidia frente a la “causa” genera un sistema valórico de justificación y rechazo, o moral, que ataca o rechaza la causa percibida de su propia frustración. El *yo* crea un enemigo para protegerse a sí mismo de la culpa.

⁵ NdT: “Welfare Queens” [reina del bienestar] es un término despectivo que se usa en los Estados Unidos para referirse a las mujeres que supuestamente usan indebidamente o cobran pagos de asistencia social excesivos por fraude, menores en peligro o manipulación de este tipo de situaciones. Los informes sobre fraude en el bienestar comenzaron a principios de la década de 1960, apareciendo en revistas de interés general como *Readers Digest*. El término “Welfare Queens” se origina en los informes de los medios de comunicación en 1974.

Svend Ranulf en su estudio pionero *Moral Indignation and Middle Class Psychology* ([1938] 1964) se centró, en parte, en el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania y el *ressentiment* conjurado por una clase media baja amenazada. Sería absurdo sugerir que algo parecido a una situación tan extrema ocurre hoy en día, pero han surgido problemas paralelos desde la recesión que tocan la misma melodía, aunque en un tono menor. Existe un “miedo generalizado a la caída” entre las familias de la clase trabajadora superior y de la clase media, particularmente en Estados Unidos. Permítanme enumerar brevemente algunos de los factores que contribuyen a ello:

1. Ha habido una caída sustancial en los precios de la vivienda.
2. 11.1 millones de hogares en los Estados Unidos tienen un patrimonio negativo, alrededor del 23% de los hogares hipotecados. En Arizona es casi la mitad que en Florida, California y Michigan. Otros 2,4 millones de casas tienen sólo un 5% de capital, lo que las pone al borde del colapso.
3. Los ahorros para la jubilación se han visto gravemente afectados por la caída de los precios de las acciones, al igual que el dinero ahorrado para ayudar a los niños a terminar la universidad.
4. Hay despidos generalizados y un aumento de los puestos de trabajo a tiempo parcial y con contratos de corta duración.
5. Hay una disminución de los salarios reales.

Una indignación moral de este tipo burbujea fácilmente en la política, ya sea aumentando el poder creciente de los partidos de extrema derecha de Europa o de los partidarios del republicanismo estadounidense. Charles Blow en un artículo reciente del *New York Times* (30 de abril de 2011) señala las declaraciones más censurables sobre negros, hispanos y homosexuales hechas públicamente por políticos republicanos en los últimos meses. Uno sugirió que la amenaza de los inmigrantes ilegales era comparable a la de Hitler en la Segunda Guerra Mundial y que se debería permitir a los guardias fronterizos “disparar a matar”, otro comparó a las inmigrantes ilegales embarazadas con “ratas que se multiplican”, otro sugirió que los

fondos para las víctimas del VIH/SIDA deberían ser cortados porque “vivían un estilo de vida pervertido”, mientras que otro—y me abstengo de transcribir los detalles—comparó a los desempleados negros con perros.

El torbellino de prejuicios que se establece en una corriente tan vertiginosa de aflicción económica engendra una plétora de pánicos morales. La crisis financiera engendra las vidas de los pobres y de las personas con diversidad cultural como objetivos regulares y convenientes (Young, *inédito*).

Referencias

- Becker, H. S.: *Outsiders*, New York: The Free Press, 1963 [trad.: *Outsiders*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2012].
- Becker, H. S.: “Introduction”, en: Becker, H. S. (ed.): *The Other Side*, New York: The Free Press, 1964, 1–6.
- Becker, H. S.: “Whose side are we on?”, *Social Problems* 14 (3), 1967, 239–247 [trad.: “¿De qué lado estamos?”, *Delito y Sociedad*, 1 (21), 2005, 89-99].
- Blow, C.: “Silliness and sleight of hand”, *New York Times*, 30 April, 2011, A21.
- Blum, R.: *Society and Drugs*, San Francisco: Jossey-Bass, 1969.
- Brotherton, D. y Young, J.: “Interview with David Matza”, *San Francisco*, 16 November, 2010.
- Chambliss, W.: “Towards a political economy of crime”, *Theory and Society* 2 (1), 1975, 149–170.
- Chancer, L.: *High-Profile Crimes: When Legal Cases Become Social Causes*, Chicago: University of Chicago Press, 2005.
- Cohen, A.: *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*, New York: Free Press, 1955.
- Cohen, A.: “The sociology of the deviant act: Anomie theory and beyond”, *American Sociological Review* 30 (1), 1965, 5–14.
- Cohen, A.: “The study of crime: Items for the agenda”, en: Yinger, J. y Cutler, S. (eds.): *Major Social Issues*, New York: Free Press, 1978.
- Cohen, S. (ed.): *Images of Deviance*, Harmondsworth: Penguin, 1971a.
- Cohen, S.: “Postscript”, en: Cohen, S. (ed.): *Images of Deviance*, Harmondsworth: Penguin, 1971b, 246–252.
- Cohen, S.: *Folk Devils and Moral Panics*, London: McGibbon & Kee, 1972.
- Cohen, S.: “Stan Cohen on Folk Devils and Moral Panics”, *Interview by Steve Taylor*, London: Halo Vine Video, 2000.
- Ehrenreich, B.: *Nickle and Dimed*, New York: Henry Holt, 2001.
- Ferrell, J., Hayward, K. y Young, J.: *Cultural Criminology: An Invitation*, London: Sage, 2008.

- Galbraith, J.: *The Predator State*, New York: Free Press, 2008.
- Garland, D.: “On the concept of moral panic”, *Crime, Media, Culture* 4 (1), 2008, 9–30 [trad.: “Sobre el concepto de pánico moral”, *Cuestiones Criminales*, 2 (4), 2019].
- Goffman, E.: *Asylums*, Harmondsworth, UK: Penguin Books, 1968 [trad.: *Internados*, Buenos Aires: Amorrortu, 2012].
- Goode, E. y Ben-Yehuda, N.: *Moral Panics*, Oxford: Blackwell, 1994.
- Gusfield, J.: *Symbolic Crusade*, Urbana: University of Illinois, 1963.
- Keen, M.: *Stalking Sociologists*, New Brunswick, NJ: Transaction, 2004.
- Kitsuse, J.: “Societal reaction to deviance”, *Social Problems* 9, 1962, 247–256.
- Lee, J.: “Some structural aspects of police deviance in relations to minority groups”, en: Shearing, C. (ed.): *Organisational Police Deviance*, Toronto: Butterworth, 1981.
- Lemert, E.: *Human Deviance, Social Problems and Social Control*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1967.
- Lilly, R., Cullen, F. y Ball, R.: *Criminological Theory* (5° ed.), Thousand Oaks, CA: Sage, 2011.
- McLuhan, M.: *Understanding Media*, London: Sphere Books, 1967.
- Matza, D. y Sykes, G.: “Juvenile delinquency and subterranean values”, *American Sociological Review* 26, 1961, 712–719 [trad.: “Delincuencia juvenil y valores subterráneos”, *Delito y Sociedad*, 2 (38), 2014, 119-129].
- McRobbie, A. y Thornton, S. L.: “Rethinking ‘moral panic’ for multi-mediated social worlds”, *British Journal of Sociology* 46 (4), 1995, 559-574.
- Merton, R. K.: *Social Theory and Social Structure* (rev. ed.), New York: Free Press, 1957 [trad.: *Teoría y estructura sociales*, México: FCE, 1964].
- Mitchell, A.: *Tell Me Lies*, Highgreen, Northumberland: Bloodaxe Books, 2009.
- Mooney, J.: “Shadow values, shadow figures: Real violence”, *Critical Criminology* 15 (2), 2007, 159–170.

- Mooney, J.: “Finding a political voice: The emergence of critical criminology in Britain”, en: DeKeresedy, W. (ed.): *Contemporary Critical Criminology*, London: Routledge, 2011.
- Presdee, M.: *Cultural Criminology and the Carnival of Crime*, London: Routledge, 2000.
- Quinney, R.: *Critique of the Legal Order*, Boston, MA: Little Brown, 1974.
- Ranulf, S.: *Moral Indignation and Middle Class Psychology*, New York: Schocken, [1938] 1964.
- Richards, K.: *Life*, New York: Little Brown, 2010.
- Scheff, T.: “Negotiating reality”, *Social Problems* (Summer), 1968, 3-17.
- Sykes, G. y Matza, D.: “Techniques of neutralization”, *American Sociological Review* 22, 1957, 664–670 [trad.: “Técnicas de neutralización”, *Delito y Sociedad*, 1 (20), 2004, 127-136].
- Taylor, I., Walton, P. y Young, J.: *The New Criminology*. London: Routledge, 1973 [trad.: *La nueva criminología*, Buenos Aires: Amorrortu, 2007].
- Young, J.: “The role of the police as amplifiers of deviance, negotiators of reality and translators of fantasy”, en: Cohen, S. (ed.): *Images of Deviance*, Harmondsworth: Penguin, 1971a, 27-61.
- Young, J.: *The Drugtakers*, London: Paladin, 1971b.
- Young, J.: “Drugs and the mass media”, *Drugs and Society* 2 (1), 1971c, 14–18, reproducido en: Cohen, S. y Young, J. (eds.): *The Manufacture of News*, London: Constable, [1973] 1981.
- Young, J.: “Mass media, drugs and deviancy”, Paper presented at the *British Sociological Association Conference*, 1971d.
- Young, J.: “The hippie solution: An essay in the politics of leisure”, en: Taylor, I. y Taylor, L. (eds.): *Politics and Deviance*, Harmondsworth, UK: Penguin, 1972, 182–208.
- Young, J.: *The Exclusive Society*, London: Sage, 1999 [trad.: *La sociedad “excluyente”*, Madrid: Marcial Pons, 2003].
- Young, J.: “Jock Young on *The Drugtakers*”, *Interviewed by Steve Taylor*, London: Halo Vine Video, 2001.

Young, J.: “Moral panics, Margate and Mary Poppins: Mysterious happenings in south coast seaside towns”, *Crime, Media, Culture* 1 (1), 2005, 100–105.

Young, J.: *The Vertigo of Late Modernity*, London: Sage, 2007a [trad.: *El vertigo de la modernidad tardía*, Buenos Aires: Didot, 2012].

Young, J.: “Slipping away—moral panics each side of ‘the Golden Age’”, en: Downes, D., Rock, P., Chinkin, C. y Gearty, C. (eds.): *Crime, Social Control and Human Rights: From Moral Panics to States of Denial: Essays in Honour of Stanley Cohen*, Cullompton, UK: Willan, 2007b, 53–65.

Young, J.: “Moral panic: Its origins in resistance, resentment and the translation of fantasy into reality”, *British Journal of Criminology* 49 (1), 2009, 4–16 [trad.: “El pánico moral. Sus orígenes en la resistencia, el *ressentiment* y la traducción de la fantasía en realidad”, *Delito y Sociedad*, 1 (31), 2011, 7-21].

Young, J.: *The Criminological Imagination*, Cambridge: Polity, 2011 [trad.: *La imaginación criminológica*, Madrid: Marcial Pons, 2015].

Young, J.: “Bernie Madoff, finance capital and the anomic society”, en: Brotherton, D., Handelman, S. y Will, S. (eds.): *How They Got Away With It: White Collar Crime and the Financial Meltdown*, New York: Columbia University Press, [inédito].